

Dame la mano, Jesús mío

A Severino Salazar

Los sábados desde poquito después del mediodía, don Jesús Zambrano se empezaba a preparar para irse a tocar el tololoche con su banda en las fiestas del pueblo o de la otra Banda; guardaba sus arreos del campo, se iba a bañar al río y regresaba a su casa para que le diera de merendar temprano doña Leonides, su mujer, ya casi nomás de dicho. No nos hace falta ese dinero, viejo, ya no es conveniente que vengas a media noche por esos caminos de Dios. Cualquiera día, cuando vas a la otra Banda, pasando el puente, al caballo se le atora una pata y te tumba o de plano se cai el puente, las cuerdas están ya muy gastadas y le falta uno que otro tablón, y una caída a tu edad ya no la resistes. Y yo, ¿qué voy a hacer?, si no sé hacer nada; ya ves, hasta eso, salí mula y ni hijos te pude dar. Ni modo que me vaya a vivir con la Gurrumina, si nunca me ha querido por aquello de que a la que quería Gumaro era a mí y se tuvo que conformar con ella. Pos sólo que me fuera a servirle de criada al padre, pero ya ves... Don Jesús oía la voz de su mujer como un monótono ruido lejano, sus pensamientos lo jalaban hacia adentro: Si el baile empieza a las ocho, como es en la otra Banda, voy a tener que irme ahorita acabando de comer, nomás echo mis cosas al morral. ¿Qué me convendrá llevar, la chamarra o el jorongo? No, ha hecho frío este octubre todavía, yo creo que estaré bien con la chamarra. ¿Dón-

Jorge López Medel

de habré puesto mi sombrero? Creo que me lo quité en... Ya ves, ni caso me haces, te digo que así como dicen de esa muchacha, la Natalia, que salió panzona del cura y luego le acomodaron el hijo al pobre albañil que creyó matrimoniarse con una virgen pura; a mí también me vayan a levantar un falso... Leonides, Leonides, ya estás muy vieja para, que te levanten falsos y no creo que le gustes al padre. ¿Y por qué no?, si tú y el padre son de la misma edad y, aunque sea cada mil años, como tú dices, me das mis buenas revolcadas. Mujer, mujer, nomás te la pasas pensando en eso, ya no eres ni el reflejo de la muchacha buena y obediente con la que me casé. Pos claro que no y qué gusto me da, no soy la taruga de antes a la que hacías como te daba tu regalada gana. En aquel entonces, tú eras el que nomás querías estar arriba de mí pero ahora, como te dije hace un rato, te vuelves el animal de antes cada mil años, que a mí a veces me parecen dos

mil. Es más, ya ni me acuerdo cuándo fue la última vez que me quisistes andar jurguneando... Y con ese carácter, Leoniditas, menos, ¿cómo me vas a hacer tentación si te la pasas quejándote y tratando de molestarme todo el santo día de Dios? Pues, bien haigan esas mujeres que hacen a sus maridos güeyes, si todos los hombres son como tú. Dale gracias a Dios que soy una mujer decente y con temor de Dios, que si otra fuera... Don Jesús, sin contestar nada fue a descolgar su chaqueta, cogió su sombrero y fue al rincón del cuarto por su tololoche. Y qué, ¿no vas a comer? ¡No tengo hambre! -y salió por la puerta de atrás por su caballo; cruzó el corral tan enfurecido que las gallinas huían aleteando a su paso agresivo; se detuvo en el pozo para beber un poco de agua de la cubeta para ver si se le bajaba un poco la muina. Esa mujer suya era cada día más insoportable. Que no necesitamos el dinero, ya lo sé, toco con la banda aunque sea una vez por semana pa' distraerme de la friega de todos los días; que me puedo caer del puente, pos' ¡qué me caiga!; que el puente se puede reventar, pos' ¡qué se reviente!, faltaba más, faltaba menos, ¡me importa madre todo! A ver qué hace la cabrona si se queda sola, a ver a quién va a estar chingue y chingue. Oyó los gritos de su mujer a lo lejos: ¡No regreses, espero en Dios que no regreses, desgraciado, poco hombre, maldito!

El jolgorio terminó a las doce de la

noche en punto. Don Jesús había estado más contento que de costumbre, y también más que de costumbre había bebido tequila y fumado al grado del exceso. Hilario, su compañero de banda, le dijo: Oyes Jesús, estás muy borracho y mariaguano, si te vas te puedes caer del caballo, mejor quédate en mi casa, puedes dormir en la salita, te hago una cama en un rincón; si llegas así tu mujer te va a dar hasta con la tranca. Que se atreva y me la quiebro, nomás eso me faltaba... pierde cuidado, Hilario-arrastraba las palabras- en el camino se me baja, te juro que se me baja. Pero ya no lo dejaron tomar, por más que insistió; y por más que le insistieron, no se quiso quedar en la otra Banda. Por lo menos deja el tololoche. Mi tololoche no lo dejo, es *mi* tololoche y yo lo quiero mucho; igualito que a mi caballo, no lo dejaría por nada ni por nadie en el mundo. Se te puede caer. Qué se me va a caer, ni que ocho cuartos, si lo voy a llevar bien agarradito; y no tengo ni que arriar mi caballo porque ya se sabe el camino -y con ésta se despidió dando traspies. No pudo subirse a su bestia sino hasta el tercer intento y le pidió a un muchacho que le pasara su tololoche, recargado en la pared. ¡Buen camino, señor!, le dijo el chamaco antes de que a Jesús Zambrano se lo tragara la distancia nocturna.

La devisó muy abajo con la claridad que lanzaba la blanca linterna lunar sobre el ancho río pedregoso que, aunque medio seco, le bajaban hilos de agua y tenía pozas. El pelo oscuro le llegaba abajo de la cintura; el agua, hasta las rodillas y lo mojado en su albo vestido de algodón, hasta las nalgas, lo que la hacía tanto más apetecible. Inclínada sobre una roca, con pequeños golpes lavaba ropa blanca, dispersa por varias partes. Junto a ella, sobre una gran piedra achaparrada, una tina de aluminio contenía más prendas, blancas todas. Esa sí es mujer, no como la Leonides - se platicó mientras detenía el caballo antes de cruzar el puente colgante-, a ésta sí que se me antoja darle su buena revolcada y, como dijo mi compadre

Hilario, no hay peor lucha que la que no se hace, pos'a ver qué tal me va; y por cierto, pos'qué anda buscando esta vieja si *no* la mala hora. Se bajaba del caballo y ya un poco más sobrio, recargó su tololoche sobre unos arbustos donde también amarró el cuaco. Ora sí mi tololochito, te voy a dejar aquí solitario, no creas que por mucho tiempo, pero si me tardo tendrás que comprender que fue por causas de fuerza mayor. Y sonreía por la gracia que le hacían sus propias palabras. Mientras don Jesús buscaba el sendero para descender al río, la mujer sintiendo su presencia empezó a recoger la ropa sin apresuramientos. Sí, ¡cómo no!, orita te voy a creer que me tienes miedo cabrona; el miedo te lo debía tener yo por lo de la Llorona, dizque lava en los ríos a medianoche para llevarse el alma de los incautos. Pos si así está la Llorona, que me lleve onde quiera, y ahí te voy, nomás no te me vayas antes de que te llegue. Se reía en delirante mareo de fiesta y me importa madre todo. Bajando por el interminable sendero recordó que Leonides nunca dejaba tejitas de jabón en las piedras cuando iba al río porque la Llorona las juntaba para poder salir a medianoche a lavar. Casi se orinó de la risa. Deveras qué mujer más pendeja fui a escoger pa' casarme, más me hubiera valido ser niño viejo; pero *hubiera* también es una palabra muy pendeja. Y se seguía riendo a borbotones.

La mujer terminó de colocar la ropa en la tina, se puso ésta sobre la cabeza y muy cambreadita y grácil empezó a



DIBUJOS: ALFREDO CONTRERAS

desplazarse saltando hábilmente sobre las piedras del río hacia la otra orilla. Que se me va, que se me va si no me apuro. Y apresuró el paso. Ya no estaba muy lejos, a unas veinte varas. Pérame chula, no seas arisca, soy buen tipo y muy querendón -rompió el silencio su voz y se fue botando en todas las piedras hasta que se murió en las laderas. ¿Ganaba él distancia por caminar rápido o, ella iba deliberadamente despacio, o la tina estaba demasiado pesada? Nueve varas. Déjame platicar contigo, no te voy a hacer nada que tú no quieras, si aceptas, te prometo que te va a gustar y hasta vas a querer más. No tendría más de veinte años, el talle delgado, los brazos, sosteniendo la tina, firmes y bien torneados, parecían implorar algo a la luna que los iluminaba; balanceantes caderas redondas y tobillos, hasta donde llegaba su flotante vestido blanco, de una pálida delgadez sensual, andaban derecho en breves pasos descalzos sin perder la gracia a pesar del extenso camino recorrido. Pérate pa' que me veas, no soy feo, tengo mi bigote alazán y ojos claros. Caminaban ahora por un sendero a lo largo del río y la distancia se acortaba cada vez más. Ya me hicistes caminar mucho, si sigues así me vas a quitar lo brioso, pero ni te creas, entre más rejega, más te quiero. Llegó la joven a un arroyo que desembocaba al río. Con agilidad envidiable para un felino y sin quitarse la tina de la cabeza, lo atravesó de un salto. No caminó más, depositó la tina en el suelo y sobre el pasto cubierto de rocío se quedó parada de espaldas observando algo en la dis-

tancia ante ella, la luna quizá. Al llegar a la orilla, Jesús Zambrano se sorprendió de la agilidad con que la mujer había brincado el arroyo pues éste tenía una amplitud de más de tres varas. Vio a la joven en actitud de espera y trataba de encontrar algunas piedras por donde poder cruzarse cuando el ser del otro lado se volvió extendiéndole una mano que salvaba toda la distancia a atravesar. El largo brazo de venas protuberantes era nervudo y piloso, la mano abierta en actitud pedigüña tenía más bien garras que uñas; la dama en cuestión, con larga cara de caballo del cual también parecía su pelambre, le imploró con horrorosa voz grave mirándolo con suplicantes ojos colorados como tizonas: ¡Dame la mano, Jesús mío! ¡Dios me asista.! Un ¡Aaaayyy! desgarrador se despedazó en ecos contra todos los cerros que rodeaban el valle despertando a todos los habitantes de la comarca quienes se persignaron antes de ponerse a rezar hasta el amanecer.

Rodeada de mujeres enlutadas, Leonides, estoica, sentada junto al féretro con rosario en mano y envuelta en un chal negro miraba ensimismada el piso de barro pintado con congo rojo tratando de entender que el señor cura se negara a officiar una misa para su marido y dar el permiso para enterrarlo en el camposanto, solamente porque tololoche y caballo no se hubieran hallado por ningún lado y a Jesús lo encontrarán tirado a media legua del puente, ya sin su alma, despatarrado, con los puños agarrando pelos hirsutos como arrancados de la crin de un caballo, lengua y sexo de fuera, y los ojos desorbitados como si hubiera visto a Satanás. Tal vez -pensaba-, Diosito me hizo caso cuando la última vez que vi a mi viejo, le grité: ¡No regreses, espero en Dios que no regreses, desgraciado, poco hombre, maldito!

*Santa Ma. de la Ribera,
a 18 de noviembre de 1993.*

